

Anecdótico nacional-católico

BUENO es recordar el pasado para no caer en sus errores nuevamente, porque —eso es lo grave— el español tiene muy poca memoria histórica y vuelve a caer lamentablemente, una y otra vez, en los mismos errores que vivió años atrás y que ya no recuerda ni tampoco nadie se los recuerda.

La lectura de nuestro acontecer durante el siglo XIX es triste a este respecto. Cada pocos años vuelven a repetirse en él los mismos fallos. Esa época presenta una acongojante visión del constante retorno que, para mayor impunidad, es inconsciente. Asonadas militares, ciclos clericalismo-anticlericalismo, un aparentemente ingenuo —pero creciente— enfrentamiento entre liberales y conservadores, cerrazón religiosa olvidadiza de nuestros inteligentes y abiertos pensadores del Siglo de Oro, tímida tolerancia para las creencias seguida de rigorista intolerancia, y así van repitiéndose los hechos sin que el mal resultado obtenido por ellos en épocas cercanas —ya casi olvidadas— sirvan de correctivo y de ahorro de unos años inútilmente perdidos en volver siempre a lo mismo y rectificarlo cada vez, pero sólo por poco tiempo.

El catolicismo nacional español, el que corresponde, sobre todo, a nuestro reaccionario siglo XIX, es buena muestra de ello. Y lo más incoherente de esta postura resulta precisamente su origen. En vez de inspirarse en los ejemplos mejores de nuestra apertura renacentista o de nuestra tolerancia medieval, bebimos en las fuentes del legitimismo político absolutista francés. No fueron los dominicos Victoria y Soto del siglo XVI o poco después el jesuita padre Suárez quienes nos inspiraron, a pesar de su acendrado pero abierto catolicismo, sino un decimonónico De Maistre o algunos otros ultramontanos de menor categoría, o esos abates franceses de hace un siglo, con su estrecho y torvo mirar los nuevos ideales sociales y políticos, como fue el abbé Gaume. Y, en cambio, nuestra actualidad —con su democrática postura y su abierta inquietud social— casaría mejor con nuestros teólogos-juristas del siglo XVI que con estos cerrados franceses que inspiraron nuestro siglo XIX, y que tuvieron muy poco de auténtica inspiración católica. Aquellos sabían que el poder viene de Dios a través del pueblo, y no por

gracia directa de Dios o los gobernantes, como se creyó durante el régimen político franquista. Fuimos seguidores en este régimen del lema que inauguró el duque de Alba en pleno siglo XVI, atizando la intolerancia del nefasto enfermo neurótico que fue don Felipe II:

“Mucho más vale —decía— conservar por medio de la guerra, para Dios y para el Rey, un reyno empobrecido y hasta arruinado que, sin ella, mantenerlo íntegro para el demonio y los herejes sus satélites”.

Fue la bandera del nacional-catolicismo un patriotismo excluyente como, en sus peores momentos, propugló Menéndez Pelayo de este modo: “Perdida la fe religiosa, apenas tiene el patriotismo en España raíz y consistencia, y apenas cabe en lo humano que pueda sentir por su gente amor que no sea retórica hueca y baladí”.

Y eso es lo que se les decía a nuestros protestantes hispanos hace unos pocos años.

Es también la inaudita pretensión de ser España “la predilecta de Dios y brazo de la cristiandad”, según Aparisi y Guijarro. Creyendo a pies juntillas que en nuestro país reinará el Sagrado Corazón “más y mejor que en cualquier otra parte del mundo”, según expresó el inocente visionario jesuita padre Hoyos. Porque resulta así el “pueblo escogido para ser espada y brazo de Dios”, según aseveraba Pérez Embid en pleno franquismo.

Era aquella confusa mezcla religioso-patriótica la que llegaba a magnificar la devoción a la Virgen del Pilar por puro aragonésismo, aunque se fuese agnóstico; o se defendía la presencia divina en la Eucaristía por motivos patrióticos, ya que esta creencia, además de ser “general en todo católico”, por el hecho de serlo, es “muy española”, según se nos preparaba a los españoles para recibir la Comunión pascual hace cuarenta años.

El altamente situado en la sociedad decimonónica era, para el padre Alvarado (el famoso *Filósofo Rancio*), el “bueno”. Y si era uno un intelectual de la pluma o de la palabra, resultaba ser, en cambio, de los “malos”. O quienes pregonaban las virtudes del pueblo español por ir contra las ideas liberales en las costumbres sociales, en la política o la

religión, porque “la falta de lectura de nuestro pueblo es la que le ha preservado de este contagio”. Incluso, hace más de un siglo, el bueno de don Antonio Capmany pensaba con regocijo que, gracias a ser las mujeres menos cultas que los hombres, eran más patriotas que ellos. Y el apocalíptico padre Zeballos veneraba las cárceles como “una obra tan acepta a Dios, y no menos necesaria que muchísimas obras sagradas”. Todo liberalismo era por eso proscrito, al grito estentóreo de que se debía enviar a sus seguidores “al quemadero”.

En lo sexual era regla aquello de “entre Santa y Santo, pared de cal y canto”; o se enseñaba el atemorizante dicho de los Santos —según rezaba el Catecismo usual en la diócesis de Toledo— por el cual se podía asegurar que “el noventa y nueve por ciento de los condenados estaba en el infierno por causa del sexto mandamiento”.

La política ideal era, para el nacional-catolicismo, la “totalitaria cristiana”; por eso su Estado debía tener esta estructura y su meta política era la del “Imperio hacia Dios”. Todo ello a pesar de las repetidas condenaciones del Papa Pío XII contra todo “imperialismo” y contra todo “Estado totalitario” en pleno triunfo nazi.

El socialismo era intrínsecamente malo, y el sindicalismo —salvo el vertical—, resultaba “brutal y pernicioso”. ¿Por qué?: “Porque no respeta la moral ni el derecho”, rezaba el Catecismo del inclito filósofo del Derecho padre Gabino Márquez.

Este breve muestrario parece hoy totalmente desfasado. Pero no nos engañemos: el reaccionarismo del futuro ya no adoptaría estas posturas tan simplistas, aunque, en cambio, volvería al autoritarismo, a la dominación, a la exclusión y lavaría la cara de todo ello poniendo etiquetas más modernas y más atractivas a su averiada y coactiva mercancía. Por eso el español, desanimado, descorazonado, desencantado por lo mal que se está haciendo el cambio en nuestro suelo, puede caer fácilmente en la tentación, como ya está en parte cayendo. Contemplemos, como remedio a este peligro, su caricatura en estas anécdotas tan expresivas y venzamos la tentación con más luz y perspicacia sin dejarnos llevar de la pura reacción emotiva. ■